

cir sin temeridad, que de este importante ejercicio pende la perseverancia y la salvacion de muchos.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

SAN ANTONIO, abad, en la Tebaida, padre de muchos monges, muy celebrado por su santidad de vida y milagros, y cuyos hechos recopiló S. Atanasio en un insigne libro: su cuerpo fué hallado por revelacion divina, y trasladado á Alejandria á la iglesia de S. Juan Bautista, siendo emperador Justiniano. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS TRES SANTOS HERMANOS GEMELOS ESPEUSIPO, ELEUSIPO y MELEUSIPO, en Langres de Francia, los cuales con su abuela LEONILA recibieron la corona del martirio en tiempo del emperador Marco Aurelio.

LA INVENCION DE LOS SANTOS MÁRTIRES DIODORO, presbítero, MARIANO, diácono, y sus compañeros; los cuales estando celebrando en el cementerio del Arenal la fiesta de los mártires, en tiempo del papa san Estéban, les cerraron la puerta los perseguidores; y echádoles encima desde lo alto una gran cantidad de tierra, quedaron ahogados, consiguiendo así tambien la palma del martirio.

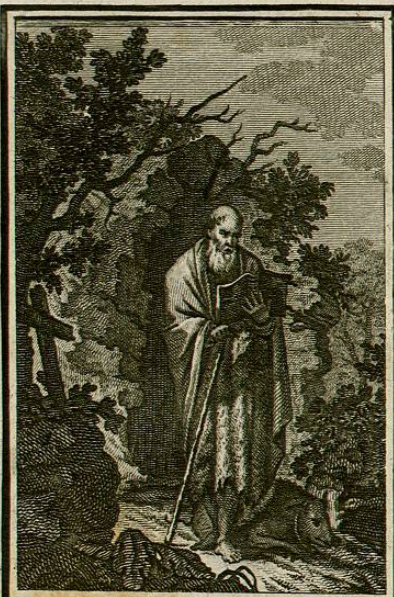
EL TRIUNFO DE SAN SULPICIO, obispo, en Bourges de Francia, llamado el Piadoso, cuya vida y preciosa muerte fué aprobada con gloriosos milagros.

LOS SANTOS MONGES ANTONIO, MERULO y JUAN, en Roma, en el monasterio de S. Andrés, de los cuales escribió el papa S. Gregorio.

SAN ANTONIO, ABAD.

EL grande S. Antonio, á quien venera la Iglesia como Patriarca de todos los Cenobitas, esto es, de los religiosos que viven en comunidad debajo de una misma regla, y en un mismo convento, nació al mundo el año de 251. Era natural de Comio, lugar pequeño cerca de Heraclea en el superior Egipto. Sus padres fueron cristianos muy ricos, y muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad. Dedicaronse á la buena educacion de su hijo como á una de sus primeras obligaciones, tomándola con tanto empeño que no le permitian tratar con persona alguna, sino con los de su familia, pareciéndoles importaba menos que no saliese tan instruido en las buenas letras, que el que aprendiese á ser menos inocente en las costumbres.

Los grandes principios de religion que le inspiraron, y las bellas lecciones que le dieron, lograron todo el efecto que se podía desear. Su modestia y su respeto en las iglesias, su frecuencia en la oracion, la grande atencion con que leia el Evangelio,



S. ANTONIO ABAD.

su docilidad, la dulzura, y suavidad de su genio, su tierna devocion en aquella primera edad fueron presagios de la eminente santidad á que habia de llegar despues.

Habiendo muerto sus padres, quando Antonio contaba solos veinte años de edad, se halló heredero de una rica herencia, y con el cuidado de una hermana de pocos años. Yendo un dia á la iglesia, como lo tenia de costumbre, iba considerando por el camino como los Apóstoles lo habian dejado todo por amor de Jesucristo, y aquel desasimiento con que los primeros fieles vendian sus bienes, y distribuian el precio entre los pobres. Ocupado en estos pensamientos, entró en la iglesia á tiempo que se leia aquel lugar del Evangelio en que Jesucristo dice á un rico: *Si quieres ser perfecto, ve, y vende todo lo que tienes, y hallarás un tesoro en el cielo.* Movidó Antonio de esta lectura, no dudó que era inspiracion de Dios la que le hablaba. Apenas salió de la iglesia, quando poniendo en depósito seguro el dote de su hermana, añadiendo lo que le pareció conveniente de su mismo patrimonio, se reservó para sí una porcion muy moderada, y vendiendo el resto de sus bienes en la misma hora, repartió el precio entre los pobres.

Pocos dias despues volvió á la iglesia, y habiendo oido cantar aquel otro lugar del Evangelio en que el Señor previene á sus discípulos, que no tengan cuidado de lo que han de comer el dia siguiente, le pareció que la reserva que se habia hecho era falta de confianza en Dios; y arrepintiéndose de ella, al punto repartió tambien entre los pobres los pocos bienes que se habia reservado; puso á su hermana en compañía de unas doncellas virtuosas, que la criaron con mucha piedad, y dejando su casa, se retiró á un sitio no muy distante del lugar; porque todavia no se habia introducido la costumbre de que los solitarios viviesen muy separados de las poblaciones, ó solos en los desiertos.

Escogió por guia, y por maestro, en la nueva carga que comenzaba, á un santo viejo que desde su juventud se habia retirado á la soledad. Admiraron al maestro los progresos del discípulo. No sabia estar ocioso. Empleaba en el oficio manual, ó en el trabajo de manos, el tiempo que no ocupaba en la oracion. Su humildad, su modestia, su dulzura, su devocion, su igualdad de ánimo le hicieron tan amable á todos los solitarios, que comunmente le llamaban *el amado de Dios.*

Envidioso el demonio de los progresos que hacia, movió todas sus máquinas para disgustarle de la vida que habia emprendido. Púsole delante de los ojos los grandes bienes que habia abandornado, la flor de su juventud, la debilidad de su temperamento,

los peligros de su hermana, la nobleza de su sangre, los horrores del desierto, las molestias y los riesgos de una larga soledad. Viendo frustrados todos sus artificios, le atacó por otro camino: puso en ejercicio todas las armas de la sensualidad, insultos de la imaginación, torpezas del pensamiento, rebeldías de la carne: pero Antonio resistió con valor á todos estos ataques; y para cobrar nuevas fuerzas con que hacer frente á enemigo tan peligroso, y tan porfiado, redobló los rigores de su penitencia, y consiguió una completa victoria.

Desde entonces no comió mas que una vez al dia despues de puesto el sol, y no pocas veces pasaba tres dias enteros sin probar bocado. Su alimento era un poco de pan y sal, su bebida un poco de agua, su cama una estera, su sueño casi ninguno, porque pasaba en oración la mayor parte de la noche.

Al paso que crecian sus austeridades, se aumentaba tambien su fervor. Deseando negarse á toda comunicacion humana, se fué á encerrar en una sepultura distante de la ciudad, cuya puerta solo se franqueaba á un amigo suyo, que de tiempo en tiempo le traia algunos panes; pero allí mismo le supo hallar el demonio. Queriendo Dios probar la virtud y la paciencia de su fiel siervo, y confundir á un mismo tiempo al espíritu de las tinieblas con la magnanimidad de aquel mancebo, héroe de la religion, permitió que el demonio le atormentase tan cruelmente, y de tantas maneras, que despues de haberle maltratado un dia con desapiadados golpes, le dejó tendido en el suelo, casi sin señal de vida. El amigo del Santo le halló en este estado el dia siguiente, y le condujo á la iglesia de una aldea vecina, donde le tuvieron por muerto. Hácia la media noche volvió en sí, pero tan léjos de acobardarse, que suplicó á su amigo le restituyese á su sepultura, con tantas instancias, que no se pudo resistir.

Esta resolucion tan generosa confundió de tal manera al enemigo comun, que no teniendo mas licencia para maltratarle con golpes, empleó toda su rabia en atemorizarle con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas y con fantasmas extraordinarias. Parecía que todo el aire estaba lleno de animales de estraña figura y bestias feroces, que iban á despedazarlo. Pero Antonio, colocada en Dios toda su confianza, se burlaba de tanto esfuerzo ridiculo. «Muy flacos y muy cobardes deis de ser (decía burlándose, á los espíritus malignos) cuando sois tantos contra un hombrecillo solo; pero un hombrecillo, que toda su fuerza la tiene afianzada en la gracia del Salvador. Si teneis poder para hacerme mal, aquí estoy, no es

«menester tanto ruido. En vano pretendeis conmover, y arruinar el duro techo de esta sepultura, porque el Señor es mi ayuda, y yo me burlaré de todos mis enemigos.» Dijo, y haciendo la señal de la cruz, como refiere S. Atanasio, puso en vergonzosa fuga á todos los demonios. Entonces, levantando los ojos al cielo, descubrió un hermoso rayo de luz, que se descendia hácia él, y haciéndole sentir el Señor los dulces efectos de su amorosa presencia: *¿Adonde estabais, amado Jesus mio, exclamó el Santo, adonde estabais durante el tiempo de esta tempestad? Y oyó una voz que le respondia: Contigo estaba; hijo mio Antonio, mirando tu pelea, y siendo testigo de tu valor: y pues has sido tan fiel, yo te prometo mi singular proteccion, y tú qu darás siempre vencedor de todos tus enemigos.*

Levantóse Antonio para rendir gracias á Dios, y sintiéndose con mas fuerzas que nunca, partió desde la mañana siguiente á lo mas interior del desierto, adonde le destinaba la divina Providencia para ser padre y modelo de tantos santos solitarios. Era á la sazón de solos treinta y cinco años. Pasó el rio Nilo cerca de Heraclea, y reparando que sobre una montaña se descubrian las ruinas de un edificio antiguo, escogió aquel sitio para su habitacion. Allí se mantuvo veinte años, haciendo vida de ángel, á pesar de los artificios, y de los esfuerzos que hizo el espíritu de las tinieblas para inquietarle.

Quisiera vivir oculto, y desconocido en el mundo; pero no lo pudo conseguir, porque no obstante las diligencias que practicó para lograrlo, sus amigos antiguos le buscaron, y al cabo le vinieron á encontrar en su montaña. Resistióse al principio á recibirlos; pero finalmente fué necesario ceder á su perseverancia. Salió Antonio de su gruta como de un santuario donde el Señor le habia llenado de su espíritu. No le hallaron inmutado sus amigos, aunque por espacio de treinta y cinco años se habia entregado á todos los rigores de la mas austera penitencia. Tenia el semblante tan sereno, y tan hermoso como en sus primeros años, el ánimo tan tranquilo, el trato tan afable, el genio tan apacible, y todos sus modales tan gratos como siempre.

Aunque todo su consuelo, y todas sus delicias eran la oracion, la contemplacion y el retiro, jamás dió la menor señal de repugnancia de verse rodeado de tanta gente, ni manifestó la mas leve vanidad ó complacencia de verse tan admirado, ni se hizo de rogar para responder á cuantas preguntas le hacian. Abrasado su corazón en el fuego del amor divino, comunicó luego sus incendios á los corazones de todos los que le escuchaban. Hablólos con tanta elocuencia, con tanta energia sobre las verda-

des de la religion, sobre la nada de los bienes caducos, sobre los falsos atractivos de los deleites, sobre los horrores de la muerte, sobre la brevedad de la vida, que más de doscientas personas se resolvieron á abandonarlo todo, y á quedarse con él en aquella soledad, para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion. Pudo más con Antonio el celo de las almas, que el amor al retiro. Edificáronse muchas celdas cerca de la suya, y no pudo el Santo negarse á enseñar, y á dirigir á aquellos nuevos discípulos por el camino del cielo, en el cual estaba tan instruido.

Estendióse la fama de S. Antonio por Africa, Italia, Francia, y casi por todo el mundo el gran poder que Dios le habia concedido sobre los demonios, el don de profecía y el de milagros, y concurrieron á él de todas partes innumerables discípulos. Halláronse bien presto poblados aquellos vastos desiertos; edificáronse muchos monasterios, y en menos de diez años se contaron en ellos muchos millares de solitarios.

Creciendo todos los días aquella religiosa república, se vió Antonio obligado á dedicar toda la atencion á su gobierno. Unas veces los instruía á todos en comun, otras en particular. Desengañaos, hermanos, les repetía con frecuencia, que para hacer progresos en la vida espiritual, es menester hacernos cuenta, que cada día comenzamos. Por mucho que se trabaje por Dios, no hay proporción entre el premio, y el trabajo. Si quereis vencer al demonio, amad á Cristo; orad mucho; mortificaos mucho, y sed humildes. El espíritu de las tinieblas teme á las almas puras. Nada le confunde tanto como la desconfianza de sí, y la confianza en Dios.

Pero no solo habia destinado Dios á nuestro Santo para instruir á los solitarios: tambien le tenia escogido para confundir á los gentiles y á los herejes, y para alentar á los fieles en el rigor de las mayores persecuciones.

Llegando á noticia de Antonio, que eran conducidos á Alejandria muchos confesores de Cristo para quitarles la vida con los más crueles tormentos, y temiendo que algunos flaqueasen en la fe á vista de los suplicios, partió al punto del desierto para asistirlos en las prisiones. Pretendieron estorbarlo los tiranos, mandando pena de la vida, que se retirasen todos los solitarios. Pero despreciando Antonio la suya, no abandonó á aquellos generosos confesores hasta que consumaron el sacrificio; y no dependió de él que no le hubiese tocado la misma dichosa suerte.

Crecia en nuestro Santo el amor al retiro en medio de los tumultuosos ejercicios de la caridad; y apenas estuvo de vuelta en el desierto, cuando resolvió buscar otra soledad más apartada.

Llegáronlo á entender sus discípulos, y siempre se lo embarazaron con varias piadosas artes. A esto se añadió que las grandes necesidades de la Iglesia no le permitieron gozar largo tiempo de la quietud de su celda. Obligáronle los obispos á volver á Alejandria, donde fué recibido con extraordinarios honores, no solo de los católicos, sino tambien de los herejes, y hasta de los mismos paganos, que admiraban tanto su virtud, como sus milagros. En el poco tiempo que se detuvo en aquella ciudad convirtió á muchos gentiles, y confundió á los filósofos con la fuerza de sus argumentos.

Vuelto Antonio al monasterio, tuvo una inspiracion para que fuese á buscar á S. Pablo en lo más interior del desierto. La vista, la conversacion, y la muerte de aquel grande ermitaño encendieron más su celo y su fervor. Otra vez tuvo necesidad de volver á Alejandria para hacer que la religion triunfase en aquella populosa ciudad. Quedó desarmada la herejía arriana á vista de aquel ilustre anciano, á quien el puro amor de la verdad habia sacado de su amado desierto á los ciento y cuatro años de su edad, para combatir contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, y para trabajar en restituir la paz á la Iglesia.

Sábase que Constantino el grande y sus hijos escribieron al Santo cartas muy afectuosas, como á su padre espiritual, mostrando gran deseo de recibir sus respuestas. Respondió á ellas Antonio; pero cuando llegó á entender que los herejes, abusando de la sinceridad, y de la poca instruccion de los Emperadores en puntos de religion, pretendian engañarlos, no esperó á que le escribiesen. El mismo se anticipó, y sabiendo que el emperador Constantino se habia dejado prevenir por los Arrianos contra S. Atanasio, le escribió con tanta viveza, y con tan religioso encendimiento, que mostró bien así la pureza, la generosidad de su celo, incapaz de andarse en contemplaciones con los herejes, ni con los que fuesen sospechosos en la fe. El mismo celo le hizo escribir aquella otra carta tan ardiente á Gregorio, obispo arriano, que habiendo usurpado tiránicamente la iglesia de Alejandria, habia sido causa de que fuese espelido de ella su legítimo pastor.

En fin, abrasado este gran Santo en el amor de Jesucristo, encendido de una indecible ternura con la santísima Virgen María, de quien era devotísimo, adornado del don de profecía y de milagros, siendo la veneracion de las cortes, y de casi todas las naciones del universo; el azote de los herejes; el terror de los demonios; el ornamento de la Iglesia; la maravilla del mundo; el asombro de su siglo; á los ciento y cinco años de su edad

habiendo pasado ochenta y cinco en los ejercicios de la mas rigurosa penitencia; despues de haberse despedido tiernamente de sus amados discipulos, recibiendo de ellos los últimos abrazos, estendió sus pies, y dejando ver en su venerable semblante una extraordinaria alegría, á vista de los espíritus celestiales, que estaban presentes para ser testigos de su último aliento, entregó el alma á su Criador el dia 17 de enero del año de 356, que se contaba el noveno del imperio de Constancio. Sus discipulos ejecutaron religiosamente las órdenes que les dejó en su última voluntad ó especie de testamento. Mandó que entregasen á San Atanasio una de sus túnicas, y el manto con que murió; otra túnica la dejó á S. Serapion, obispo de Thmuis, y ordenó que enterrasen su cuerpo en secreto, sin descubrir jamás á nadie el lugar de su sepultura. Con efecto estuvo oculto por algun tiempo, pero luego fué celebrada en toda la Iglesia la memoria de este Santo, especialmente en Oriente, donde desde luego se comenzó á solemnizar su fiesta con la mayor celebridad.

Cerca de doscientos años despues fué descubierto el santo cuerpo. Hizose con gran pompa su traslacion á Alejandría; y despues á Constantinopla, cuando los Sarracenos se apoderaron de Egipto. Ultimamente, hácia el fin del siglo x, habiendo hecho el viaje de la Tierra Santa un caballero de Viena en el Delfinado, muy devoto de S. Antonio, pasó á Constantinopla, y obtuvo del Emperador aquellas preciosas reliquias, que trajo consigo á Francia. Dió principio á la célebre iglesia de la abadía en una heredad suya, llamada la Mota, en la diócesis de Viena, que despues tuvo el nombre de S. Antonio. El año de 1089 hizo grandes estragos en toda la Francia una enfermedad, llamada *fuego sacro*; y esperimentándose, que era efficacísimo remedio contra ella la invocacion de nuestro Santo, se comenzó á llamar *el fuego de S. Anton*. Desde entonces fué prodigioso el concurso del pueblo á adorar las santas reliquias: lo que fué ocasion de que se fundase una nueva religion de clérigos regulares con el titulo de S. Antonio Abad, que se hizo célebre en toda la Europa por su vida arreglada, y por su caridad inalterable.

SANTA ROSALÍA Ó ROSALINA, VÍRGEN.

De esta Santa solo se sabe, que fué monja cattuja, ignorándose las circunstancias de su vida.

La oracion de la misa es la que se sigue:

Suplicámoste, Señor, que por su proteccion lo que no nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado Antonio Abad, para conseguir su misericordia, etc.

La Epistola es del capitulo 45 del libro de la Sabiduria.

El justo es amado de Dios, y de su pueblo, y le manifestó su gloria. Por su fe y mansedumbre le hizo santo, y lo acogió entre toda la carne. Oyó pues, su voz; lo introdujo en la nube de su gloria; y le dió públicamente sus preceptos, con la ley de la vida y de la enseñanza.

Glorificóle á presencia de los reyes, dióle preceptos á vista

REFLEXIONES.

¿De qué sirve ser amado de los hombres al que no lo fuere de Dios? ¿Y qué podrá contra nosotros el odio, y la malicia de todos los hombres, con tal que Dios nos ame? Toda nuestra felicidad, toda nuestra dicha consiste en ser amigos de Dios.

¿Qué extravagantes y qué injustos suelen ser los hombres en sus amistades! ¿Cuánto suele costar el darles gusto! No siempre ganan su corazon los de prendas mas sobresalientes, los de mayor mérito. Lleno está el mundo de preferencias, en el amor inicuas y nada racionales. Muchas veces habrás trabajado, sudado, gastado tu hacienda, y tu salud en el servicio de un grande, sin que te lo haya agradecido. Los hombres solo se aman á sí mismos. ¿Caiste en gracia de alguno? Poco ó nada es menester para perderla: y por leve que sea el motivo de la desgracia, siempre se sigue á ella primero la tibieza, y despues la frialdad.

¿Qué amistad hay en el mundo sincera y pura? No hay otro nudo para estrecharla, que el interés, ó la pasion. Si aquél se muda, si ésta se templá, ó se irrita, acabóse la amistad. Ningun amigo hay, que no esté en visperas de dejar de serlo. La mas fuerte amistad entre los hombres puede poco, y pende de casi nada.

No es así en la amistad de Dios. Es sincera, desinteresada, benéfica. Amaráme Dios en viendo que yo le amo. Solo con querer darle gusto, se le doy; y no puedo desagradarle sino con el pecado. Toda mi felicidad y toda mi gloria es su amistad; y toda mi suma desgracia será perderla.

Hablando con propiedad, no hay otra gloria verdadera, que la de los Santos. La gloria del mundo es humo, y no es mas. Aquellos hombres que en el mundo adquirieron grande gloria, que por ella se llamaron hombres grandes; si no fueron santos, si no se salvaron, ¿qué es lo que ahora les resta de esa gloria? Desengañémonos, que nada es mas digno de nuestro respeto, de nuestra estimación, que la santidad. Ella ennoblece á las personas mas viles. Un pobre pastor, si es santo, merece y recibe las adoraciones de los mayores Monarcas; mientras los Príncipes mas poderosos de la tierra están sepultados en un eterno olvido después de su muerte. Y si no fueron santos, ¿que elogios merecen? ¿De quién podrán esperar veneraciones y cultos?

Todos amamos tanto la gloria. ¿Pues cuándo la buscaremos en su verdadera fuente? Ciertamente no hay que pensar encontrarla sino en la conformidad de nuestras costumbres con los preceptos de la ley. No hay otro modelo, que la vida de los Santos: no hay otra regla, que el Evangelio. ¡Qué error! ¡Qué locura! pretender que las máximas del mundo tengan parte en las reglas de las costumbres.

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas.

En tiempo que Jesucristo predicaba su celestial doctrina, dijo á sus Discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres, que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas: para que cuando venga y llame á la puerta, le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos, que cuando viniere su Señor les encontrare vigilantes. En verdad os digo:

que en este caso se ceñirá él mismo, los hará sentar á la mesa, y pasando les servirá. Felices si así los encuentra, aunque venga en la segunda, ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido: porque si supiese el padre de familias la hora en que pudiera venir el ladron, velaria sin duda, y no le dejaria escalar su casa: estad prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no pensais.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO. — Considera que todos estamos ciertos que hemos de morir; pero todos ignoramos cual será la hora de la nuestra muerte. Lo único que sabemos ciertamente es que podemos morir en cualquier hora; que este dia puede ser el último de mi vida; y que la hora presente puede ser la hora de mi muerte. Persuadidos de esta verdad infalible, ¿en qué fundamos nuestra seguridad? Creer y no temer; temer y no velar, ¿qué puede ser sino impiedad ó locura? ¡Qué! á todas horas puede llegar el Juez Supremo para decidir de nuestra suerte eterna; ¡y no están las cuentas prevenidas! Seguramente no es tiempo de disponerlas cuando llegue la hora de darlas. Dispertar cuando el amo llama á la puerta, ya es fuera de tiempo: era menester estar en vela, era menester estar ya prevenido para partir; era menester tener encendidas las lámparas cuando llegase el Esposo. No es entonces tiempo de ir á buscar el aceite; ni tampoco hasta tener provision de óleo, si está apagada la lámpara. Menester es estar siempre en estado de gracia, velar sin cesar, porque á no ser así, corremos evidente peligro de ser sorprendidos.

¿Cuántos años ha que yo me hallo en esta dichosa disposicion? ¿Podrá Dios venir cuando fuere servido; en la segunda, en la tercera vigilia, como en la primera? ¿Hallaráme prevenido para comparecer en su presencia con fundada confianza? Ah! ¿dónde estaria yo ahora si el Señor hubiera ya venido! ¡Mi Dios, en qué error, en qué peligro he vivido hasta aquí! Nunca me halló el mundo dormido para sus negocios; ¿pero cuándo me halló Dios despierto para el mio?

¡O gran Dios! ¡y en qué se pasa toda la vida! Gimo, me estremezco solo de acordarme de mi modorra, de mi fatal letargo. Mas pues vos, Señor, me despertais de él, por vuestra divina gracia haced que en adelante tenga siempre tan presente vuestra venida, que jamás me coja desprevenido.

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué gran dicha es la de aquellos fieles siervos cuando viene el Señor, y los encuentra velando. ¡Qué alegría tambien para el Salvador del mundo el coger en ellos el fruto de sus trabajos y de su sangre, el poder derramar sobre sus almas el torrente de sus bendiciones, admitiéndolos al festin, y haciéndolos participantes de su gloria!

¡ Pero , y qué gozo para los mismos siervos fieles el no haberse dejado arrastrar de los falsos atractivos con que el mundo embriaga á sus secuaces ! ¡ Qué placer el no haberse dormido como tantos otros, que se dejaron vencer de la modorra !

El Señor siempre viene antes de lo que se piensa. ¡ Qué alegría la de haber estado en vela continuamente ! La de no haber perdido de vista ni un punto el importante negocio de la salvacion ! La de haber tenido presente dia y noche el pensamiento de la muerte ! La de haber perseverado en una vida inocente , y rica de buenas obras !

Pon los ojos en S. Antonio en el último momento de su vida. Ochenta y cinco años habia que aquel siervo fiel estaba velando en el desierto , para esperar la venida del Señor. A los veinte años de su edad habia dejado el mundo , y habia conservado su inocencia con el continuo ejercicio de una penitencia rigurosa. ¡ Oh , y con qué gozo vió que se acercaba ya el momento decisivo de su eterna felicidad ! El mismo consolaba á los que lloraban, porque le perdian. Muere con tanto consuelo que la alegría que inundaba su alma , no cabiendo en ella , rebosa hácia afuera , y se comunica al semblante de su cuerpo moribundo. ¡ Qué diferencia, buen Dios , qué diferencia entre Antonio al espirar , y todos esos aparentes dichosos del mundo cuando mueren ! ¡ Oh , cuántos duermen , por decirlo así , toda la vida ! ¡ Pero qué cosa tan terrible es no despertar hasta la hora de la muerte !

Dulcísimo Jesus mio , preservadme de esta desgracia. No , Señor , no habeis dilatado tanto tiempo vuestra venida , sino para darme lugar á que me disponga ; á que me prevenga para recibirlos. Bendita sea eternamente vuestra piedad , Padre de las misericordias. No , no abusaré ya mas de esta singularísima gracia: desde hoy en adelante quiero vivir como siervo , que en todas las horas os aguarda.

JACULATORIAS. — ¡ Gran locura el no pensar en la muerte ! Esta noche , este dia puede ser el último de mi vida ; y todo lo que con tanto afán he amontonado , ¿ de qué servirá despues ? (*Luc. 20.*)

Velad todos los dias , velad todas las horas , porque no sabeis ni la hora , ni el dia en que habeis de morir , y podeis morir en este mismo dia , y en esta misma hora. (*Matth. 25.*)

PROPOSITOS.

- 1 Además de la importante práctica de un dia de retiro cada

mes, que es utilísima para prevenir las funestas consecuencias de una muerte repentina; una vez cada semana tendrás la meditacion sobre el ejercicio de la muerte. No emprendas cosa alguna de consideracion , no hagas viaje , ni te entregues á alguna diversion , por honesta , por decente que sea , sin decirte á tí mismo lo que el Profeta Isaias dijo á aquel otro rey de Judá : *Dispone domi tue , quia morieris tu. (Isai. 38.)* Mi fin se acerca ; ¿ tengo prevenidas todas las cosas ? A toda prisa voy corriendo hácia la sepultura : desde ayer acá estoy mas cerca de ella veinte y cuatro horas. El Señor no está léjos. Y aun puede ser que en esta misma hora me esté diciendo al corazon : pon en orden los negocios de tu conciencia , porque presto morirás.

2 Siempre que recibas los sacramentos no dejes de hacerlo como si fuera la última vez que los habias de recibir. Una confesion como si fuera la última , y una comunion como si fuese el Viático , no pueden dejar de ser muy eficaces. En tomando todas estas precauciones no hay riesgo de que el Señor nos coja desprevenidos. Este es uno de los ejercicios piadosos mas importantes. Ten presente que es artículo de fe que hemos de morir en la hora en que menos lo pensemos : *qua hora non putatis. (Luc. 12.)* No limites únicamente al uso de los sacramentos un ejercicio tan útil. Nada aprendas durante la vida , que no lo mires como lo mirarias en la hora de la muerte. Eleccion de estado , negocios de importancia , comercios , cargos , pleitos ; quien no se quisiere engañar , todo lo ha de mirar como si estuviera para morir. En vida se miran las cosas á mala luz : para verlas como son , es menester considerarlas á la luz de la candela.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO , apóstol , en Roma , en memoria del establecimiento de su silla en esta ciudad.

EL MARTIRIO DE SANTA PRISCA , virgen y mártir , en Roma , la cual despues de muchos tormentos recibió la corona del martirio siendo emperador Claudio. (*Véase su vida en las de este dia.*)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MOSEO Y AMMON , soldados , en el Ponto , los cuales fueron condenados á las minas y luego quemados vivos.

SAN ATENOGENES , en el mismo Ponto , antiguo teólogo , que estando para consumir el martirio en la hoguera , cantó alegremente un himno que dejó escrito á sus discipulos.